

3^{er}

encuentro
de escritura
colectiva



Una fantasía gótica
en Torrejón de Ardoz

3^{er}
encuentro de
escritura
colectiva

Felicidades lector de “Raíces”. Tienes en tus manos un texto único y muy especial. Te voy a decir por qué:

Primero, porque está escrito por torrejoneños a los que les une, además de su pasión por la escritura, ser alumnos de los cursos de Escritura Creativa y Creación Literaria que se imparten en nuestra ciudad a través de la concejalía de Cultura.

Segundo: porque tiene como elemento fundamental en la trama a nuestro Museo de la Ciudad de Torrejón de Ardoz, que este año está de celebraciones por su décimo aniversario, lo que hace que la historia sea muy especial para nosotros.

Tercero: porque, además de que técnicamente respeta la estructura de novela con su planteamiento, nudo y desenlace, la historia que nos cuenta, literariamente, posee una belleza onírica, perturbadora y cargada de simbología que nos hace calificarla de “fantasía gótica”, un género que en Torrejón de Ardoz tiene muchísimos adeptos como así atestiguan las estadísticas de préstamo de nuestras bibliotecas municipales.

Por todo lo anterior, esperamos que este fanzine de edición limitada y tan especial te regale un momento agradable de lectura y que, si te gusta escribir, te anime a unirse a nuestros cursos y quien sabe si con iniciativas como ésta podamos descubrir a futuros escritores profesionales.

Ignacio Vázquez Casavilla
Alcalde de Torrejón de Ardoz

José Antonio Moreno de Torres
Concejal de Cultura

**Participantes relato encadenado.
Aniversario Museo de la Ciudad**

**ESCRITURA CREATIVA
CC RAFAEL ALBERTI:**

Esther Barrionuevo Escribano

Patricia Carreño Oliva

Pilar Fernández Callejas

Rocio Galea Tena

Ascensión Martín-Consuegra Maroto

Paula Mateos Mangas

Raquel Sanz García

Ismael Tomás Pérez

Pablo Antonio Uroz Velasco

**CREACIÓN LITERARIA MAYORES
CASA DE LA CULTURA:**

Eugenia Blanco Montero

Isabel Castillo Almendrote

M^a Ascensión García López

Mercedes García Rodríguez

Alfonso Martín Bautista

Margarita Rincón García del Moral

Organiza

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz.

Director del proyecto

Mario García Molina

Diseño de portada

Jesús E. Porteros y Mario García Molina

Coordinación

Maria del Carmen García Vizcaíno, Martha Duran Rodríguez
y Rafael Alcaraz Jiménez.

Edita

Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz

Maquetación

Fernando Gil

Raíces

—Nada. Todo está normal, Rosario. Ya no sé qué decirte.

—Es imposible que no vea nada, doctor. Es como una presión debajo de la barbilla y un calor terrible en la cabeza, como si de pronto un horno se abriera y todo el vapor se quedara atrapado ahí —respondió ella mientras presionaba ambos lados de su cabeza con las manos —. Y ese ruido en mis oídos, doctor, como si estuvieran a punto de estallar.

— Entiendo. ¿Algún síntoma nuevo? ¿Algo diferente durante estas últimas dos semanas?

—Las piernas, doctor. Cuando ya siento que se me está pasando lo de la cabeza, comienzo a sentir las piernas muy pesadas.

Rosario salió de la consulta con la sensación de no haber conseguido nada. Resignada, se dirigió de nuevo al museo, donde la esperaban una vez más los dos hombres que habían ido hacía un par de semanas, justo cuando había comenzado a sentir aquellos síntomas extraños. Ya la primera vez que los vio le habían parecido inquietantes. Según lo que le habían comentado, estaban interesados en las historias de los enterramientos y las tumbas encontradas en la localidad. Ese primer encuentro había sido particularmente extraño, y recordaba sobre todo la voz exageradamente grave de uno de ellos, su altura inquietante y la espesura repugnante de su cabello.

Cuando llegó al museo alcanzó a reconocerlos. Los dos hombres se encontraban de espaldas a la puerta mirando un cartel informativo y, a su saludo, se giraron con sus cuerpos rígidos y correspondieron con un extraño acento que ella no supo interpretar. Después inclinaron sus cabezas y en sus rostros dejaron ver una extraña mueca parecida a una sonrisa.

Ella intentó disimular la impresión que le causó su presencia, vestidos de nuevo estrafalariamente y muy

diferentes en su físico. Solo la extrema palidez de su rostro era semejante en los dos. Esta vez alcanzó a verlos con mayor detalle. Uno era bajo, desgarbado, calvo y con pequeños ojos de color indefinido. El otro, alto, corpulento, con espeso y enmarañado cabello oscuro y unos enormes ojos negros que parecían taladrar cuanto miraban.

Inmediatamente mostraron sus credenciales como investigadores de una universidad que Rosario no conocía. Estrecharon su mano, y ella sintió cómo su piel repelía ese contacto. En un segundo le pareció ver la sombra de una enorme araña avanzando por su brazo, lo que la hizo retirar su mano rápidamente. Nerviosa, buscó lo que habían solicitado, y mientras colocaba las cajas sobre la mesa, uno de ellos le preguntó si se había encontrado alguna piedra en el lugar de aquellos enterramientos. Ella contestó que no. Lo hizo sin pensarlo siquiera, pues quería abandonar la sala lo más rápido posible.

Atravesó el museo para irse a su oficina mientras intentaba recordar cualquier cosa relacionada con una piedra y, de pronto, el malestar volvió a asaltarla. Sintió un fuerte dolor que aumentaba con rapidez. Era ardiente e intenso, era como si el fuego durmiera en su cabeza. Su respiración era agitada y errática. Una gota

de sudor le recorrió la espalda. El corazón le palpita-
ba en la garganta. Cerrando los ojos, colocó los dedos
en las sienes y comenzó a hacer movimientos circula-
res. Respiró profundamente. Inhala y exhala, se repe-
tía en su mente. Pero el dolor seguía ahí. Demoledor y
paralizante, la recorrió al igual que miles de alfileres,
acribillando cada centímetro de su piel hasta concen-
trarse en las piernas. Extendió la mano para apoyarse.
Boqueó como un pez fuera del agua. Cada segundo era
pura agonía. Se mordió el labio con fuerza y probó el
sabor cobrizo de la sangre.

Decidió salir del museo, caminar y respirar un poco de
aire fresco. La naturaleza siempre le había brindado
alivio, una sensación de calma que, ahora, necesitaba
con urgencia. Quería ir hasta su árbol preferido, el vie-
jo árbol que quedaba camino de su casa. Al verlo desde
lejos, respiró profundamente, y sintió cómo sus pulmo-
nes se llenaban de aire. Se sentó a su lado. Sentía cómo
su tronco ancho y rugoso la protegía, la abrazaba con
su centenaria liviandad, como si quisiera decirle algo.
Conocía su historia, o parte de ella, y quizá por eso po-
día intuir su tristeza, su duelo secreto.

Recordó la primera historia que había escuchado so-
bre ese árbol. Un amigo del barrio se la había contado
cuando era niña. Una pareja de enamorados iba siem-



pre a pasear entre los olivos y, al final de su paseo, se sentaba bajo el árbol. Hasta que un día, las malas lenguas le dijeron al chico que su novia le engañaba. Loco de celos, terminó ahorcándose en el árbol, y su novia se dedicó a llorarle todos los días bajo sus ramas.

Rosario solía jugar de pequeña bajo aquel árbol. Su abuela la llevaba con ella por las tardes para descansar bajo su sombra, mientras ella jugaba sola o con sus amigas. La hacía feliz subir por el tronco hasta las ramas, observar de cerca las acículas, esperar a que algún pajarito se posase en ellas y contarle secretos a la cara que parecía formarse en la base del tronco. A veces arrimaba su oído para escuchar los susurros que la oquedad le respondía. Rosario compartía con aquel árbol su alegría y a veces su tristeza, y el árbol hacía lo mismo con ella.

En el suelo, cerca del tronco, solía haber muchas piedras de formas extrañas, y Rosario las golpeaba contra él.

—Mira, abuela, lo que he sacado de aquí dentro— decía enseñándole una piedra roja y brillante.

—Sí, cariño, busca entre las rocas, porque algunas llevan tesoro.

Al principio le daba un poco de miedo porque recordaba la historia de los enamorados, pero después su abuela le contaba otro cuento. Su abuela insistía en que era un árbol protector. Le aseguraba que aquel árbol le había salvado la vida a su hermana Lucinda, pues una noche en que esta volvía sola a casa, un hombre la secuestró y la llevó hasta allí con la intención de abusar de ella. Pero al intentar forzarla, las ramas del árbol comenzaron a cobrar vida y se extendieron hasta el cuello del agresor, dejándolo atrapado. Finalmente, el árbol se lo tragó por su tronco reblandecido hasta hacerlo desaparecer. Nadie en el pueblo creyó la historia de Lucinda, a excepción de su hermana. Nunca más se volvió a saber nada de aquel hombre, y todos terminaron pensando que se había ido de la ciudad. Así que cada vez que Rosario encontraba una piedra-tesoro, su abuela decía que quizá fuese el corazón del hombre que el árbol se había tragado.

No sabía muy bien por qué, pero ahora podía sentir la respiración de su tronco, identificándose un poco con él. «Soy como un viejo árbol en medio de una ciudad», pensó. La cabeza le estalló en pensamientos, sintió el peso de la soledad, extrañaba a su abuela y a todos los que no estaban. No tenía ningún hombre en el que apoyarse para derramar sus lágrimas, pero creía que tampoco lo necesitaba, al menos no por ahora. Acercó su

mano al tronco, lo acarició y, de pronto, pudo ver cómo sus venas se ensanchaban como si fueran raíces.

No podía creer lo que le estaba pasando. Aterrada, sintió cómo iba siendo arrastrada poco a poco. Su brazo ahora era parte del árbol, y latían al unísono como si fueran un mismo corazón. El olor penetrante que desprendían las ramas al acercarse la asfixiaba. Espantada de miedo, no pudo apartar sus ojos, que inevitablemente se incrustaron en los nudos que sobresalían amenazantes. Chilló despavorida. Su corazón quería escapar del pecho, y sus sonidos hicieron eco en el interior del árbol como si de un ritmo macabro se tratase. El sudor que recorría su cuerpo bañaba la corteza. Las raíces ascendían, succionándolo y alimentándose así de savia renovada para mezclarse como si fueran un mismo ser, poseyéndola y absorbiéndola hacia el interior del árbol. En un intento desesperado por impedirlo, clavó los pies en la tierra para afianzarse. Sintió un vacío que la engullía, mientras en su cabeza resonaba como un susurro la frase *Sit tibi terra levis*.

Unos dedos callosos, tan ásperos como la soga de esparto que sostenían, luchaban temblorosos por conseguir anudar una cuerda y lanzarla sobre una rama. Las manos tiraron de la rama del árbol para asegurarse de que no se rasgara por el peso. La imagen se fue

difuminando de la mente de Rosario e hizo que se llevara las manos al cuello. Comenzó a sentir una presión ascendente en la tráquea y la yugular. Los párpados se le contraían. La boca abierta intentaba inhalar aire que no llegaba a los pulmones, al tiempo que un sonido sordo luchaba por salir de su garganta. Intentaba zafarse de esa fuerza invisible, pero la lucha era inútil. Cuando pensó que la batalla estaba perdida, el aire volvió a recorrer su cuerpo. El espectro de la muerte se alejó. Una imagen, como si de un fotograma se tratara, apareció ante ella. Una sombra inerte sin cuerpo se balanceaba en la rama al son de una inexistente melodía.

No podía comprender lo que había acabado de pasar. Respiró y miró a su alrededor para buscar a alguien que hubiera podido ver algo. En ese momento, se dio cuenta de que estaba sola. Ya no había edificios, ni personas charlando o paseando sus mascotas, como cuando llegó ahí. Ahora solo veía olivos a su alrededor, estaban ella y ese pino enorme y poderoso dominando el paisaje, como un altivo general arengando a sus tropas invisibles, y ella a sus pies, insignificante, absorbida por su grandeza. Se desvaneció.

No supo cuánto tiempo había pasado, pero al despertar seguía junto al árbol y todo parecía haber vuelto a la normalidad. Revisó su cuerpo y vio sus venas aún en-

durecidas, además de algunos rasguños. El miedo volvió de inmediato. Decidió no volver a su casa. Se iría de nuevo a su refugio, a su querido museo, ese que le había dado la oportunidad de descubrir la historia de los que ya no tienen voz. Seguramente los hombres ya se habrían ido. El museo tenía que estar cerrado a esta hora.

Pronto comenzaría a anochecer, así que apretó el paso. Ya estaba bastante cerca cuando, de pronto, un escalofrío le recorrió la espalda. Sus propios latidos resonaron en sus oídos. Alguien la seguía, estaba segura. Alcanzó a ver una sombra alargada y muy pegada a ella, tanto, que incluso la vio por el rabillo del ojo. Notó la respiración entrecortada de alguien. Rosario sintió pánico de nuevo. La inseguridad la asaltó hasta casi paralizarla, pero tenía que seguir caminando. Miró al suelo para buscar de nuevo la sombra y, al hacerlo, advirtió que una de las venas de su mano derecha iba cambiando tenuemente de color, pasando de café claro a un marrón intenso.

Tenía que llegar pronto al museo. Intuía que aquello que le pasaba estaba relacionado con los registros de las excavaciones que revisaron aquellos hombres. Finalmente, dobló la esquina del edificio, se deslizó por el callejón que daba a la puerta trasera y entró. Las

sombras de los Gigantes y Cabezudos parecían abalanzarse sobre ella y sintió otro escalofrío. Ni siquiera sabía con certeza qué era lo que estaba buscando. Volvió a la primera planta. Se dirigió a las dos lápidas romanas del siglo II antes de Cristo expuestas en uno de los laterales de la sala. En ambas aparecía inscrita la frase que había escuchado junto al árbol, *Sit tibi terra levis*. «Que la tierra te sea leve», murmuró estremecida mientras revisaba el resto de la exposición. Quizá no tenía que ver con las lápidas romanas, quizá solo se trataba de escuchar lo que esas palabras querían decir. Recordó la piedra que habían mencionado los hombres y se dirigió a su oficina, buscó en sus archivos el nicho donde debía estar guardada y bajó al depósito. Ahí estaba: una hermosa piedra tallada, como la mencionada en el documento que acababa de leer, que había sido encontrada junto a los restos funerarios.

De niña había jugado muchas veces con las piedras que había al pie del árbol, pero ninguna como la que ahora tenía en sus manos. La forma de la piedra recordaba a la de un corazón con los bordes redondeados. Esto le trajo a la memoria un recuerdo de su infancia en el que su amiga la ayudaba a recomponer un dibujo que estaba haciendo alrededor del árbol. Para ello usaba piedras como las de los ríos, unas muy lisas y suaves. El dibujo empezaba a tomar forma de corazón. Mientras

movía las rocas, veía cómo el sol se reflejaba en su pelo rubio. La brisa, que alborotaba su melena, movía también las hojas, trayéndole un cierto olor a laurel. Los pájaros revoloteaban a su alrededor como si quisieran ayudarla a hacer el trabajo, aunque en realidad no hacían más que piar. Ella los espantaba, pero no se iban. Sostuvo este recuerdo mientras apretaba la piedra con su mano.

De pronto le vino de nuevo la frase *sit tibi terra levis*. Ese epitafio, ese peso y esa angustia de estar bajo tierra la paralizaron. Rosario miró a su alrededor para ver cómo todo el espacio se había desvanecido. Solo veía un fondo negro hasta donde alcanzaba la vista. Intentó moverse del sitio en el que estaba, sin suerte. Sus piernas se volvieron demasiado pesadas, como si estuvieran enterradas a mucha profundidad bajo tierra. Alargó la mano para agarrarse a algo y recuperar el aliento. Necesitaba correr, respirar, salir de allí antes de que la sensación de asfixia que la atenazaba le impidiese moverse por completo. Dejó todos los documentos desperdigados por el suelo y, palpando la piedra, salió corriendo. Fuera estaba oscureciendo, pero no necesitaba la luz del sol para llegar a donde su cuerpo la llevaba. Las piezas comenzaban a encajar en su cabeza: las leyendas, las historias, los ahorcamientos documenta-

dos... Frunció los labios y, decidida, salió del museo a toda prisa.

Su cabeza bullía, y el eco de sus pensamientos pareció tomar vida propia. Un murmullo desordenado fue creciendo en su interior, y cuanto más avanzaba, más fuerte era. Le pareció distinguir voces, gritos, llamadas implorantes, pero por más que miraba a su alrededor, no había nadie. Sintió unos hilos de fría tristeza recorriéndole el pecho, como raíces abriéndose camino en la tierra húmeda. Era como si el árbol la llamara desde el fondo de la tierra.

Apretó el paso. Estaba oscureciendo. Al salir del museo vio a los dos hombres al otro lado de la calle. Ya no podía pensar, no sabía si esos hombres eran reales o si, como en sus visiones, solo la perturbaban a ella. Sea como fuere, los dos individuos eran como una urticaria indeseable que no dejaba de picar por mucho que se rascara. La incertidumbre de no conocerlos, de no saber sus intenciones y aquel pelo oscuro y nauseabundo la llevaban a un estado de agonía e intranquilidad que incluso la hacía olvidar todos los dolores, cambiándolos por desazón. Le estaba constando respirar. Llegó al árbol y, al poner su mano en él, tuvo otra visión: dos hombres eran arrastrados por un tumulto de gente, todos les lanzaban piedras y les gritaban «¡Criminales!»,

«¡Asesinos!». Otros dos hombres gruesos y toscos rodearon sus cuellos con sendas cuerdas para después pasar el otro extremo por una de las ramas del árbol. Los ahorcaron sin piedad. Su pecho le dolía y, sin saber cómo ni por qué, pudo sentir la injusticia: supo que esos hombres eran inocentes.

Rosario abrió los ojos y, con la vista aún medio borrosa, entrevió dos siluetas. Las reconoció de inmediato. Los dos hombres, el del pelo frondoso y su compañero, la agarraron y se sintió desvanecer otra vez. Todo se volvió negro. Vio una sombra en la oscuridad, aquella inscripción de la lápida y la sombra de un fuego, si es que eso se podía ver. Muchas visiones desordenadas acompañadas de una gran tristeza y un gran dolor. Vio la tierra por dentro, las raíces del árbol: las vio secarse y quebrarse como en una película que pasa a toda velocidad. Vio todo esto y a la vez lo sintió, como si cuanto veía le estuviera sucediendo a ella misma. Y entonces creyó entender, si no comprender. El árbol también sentía todo aquello. Había absorbido toda la tristeza de cuantos habían muerto bajo sus ramas. ¿Cómo seguir viviendo así, sin ningún apoyo, sin manera de desahogarse, sin...?

Rosario emergió de la visión y miró a los hombres. Sacó la piedra de su bolsillo y se la dio. Los hombres le





sonrieron apenas, como si les costara todo el esfuerzo del mundo curvar sus labios, y muy lentamente, como la copa de un ciprés que se balancea en la brisa, inclinaron sus cabezas hacia ella en lo que a Rosario le pareció reconocer una reverencia. Después se giraron y, asiendo la piedra entre los dos, la apoyaron y la sumergieron en el tronco del árbol hundiendo sus manos, entrando y a la vez brotando de él, fundiéndose, creciendo, convirtiéndose ante sus ojos en dos nuevas y frondosas ramas de un árbol renacido.

